

Entrevista con el filósofo catalán Josep Ferrater Mora

El filósofo catalán Josep Ferrater Mora ha sido recientemente galardonado con el premio Príncipe de Asturias. Jubilado desde hace cuatro años como profesor en el Bryn Maur College de Pensylvania, Ferrater Mora sigue residiendo en un suburbio de Filadelfia pasando su tiempo entre la lectura, la escritura, el trabajo con el ordenador personal o el ocio de la televisión

Del existencialismo a los ordenadores

Formas de vida y de estudio

Si Ferrater Mora tuviese que escribir ahora su obra "Formas de vida catalana" no cree que alterase su método de trabajo:

—La crítica que se hizo al libro era la de no ser concreto. Es verdad. Pero como diría Max Weber, mis formas de vida catalana son "un modelo ideal", no una realidad. Es en este sentido que no las modificaría.

—Quizás es hoy usted más analítico que entonces?

—En este caso concreto, no. El método del tipo ideal es perfectamente aceptable como método analítico.

Respecto a Estados Unidos, el país en el que reside desde hace varias décadas, Ferrater Mora lo ve "con los aspectos positivos y negativos de toda comunidad humana".

—El estudiante norteamericano universitario, ¿siente preocupación por influir en el cambio

de la sociedad o simplemente busca una salida profesional?

—Actualmente su preocupación es exclusivamente profesional. Hace 15 años, en los tiempos de la guerra de Vietnam, cuando la Universidad tenía un componente político muy importante, se luchaba por un cambio de sociedad.

Para Ferrater Mora "en los años de expansión económica los hijos de los ricos pudieron permitirse el lujo de luchar por un cambio de sociedad porque, consciente o inconscientemente, sabían que seguirían comiendo y teniendo dinero".

Luego, llegaron los años de recesión económica y la juventud sin dinero tuvo que dedicarse a ganarse la vida. "Paradójicamente —dice el filósofo— actitudes menos revolucionarias están dictadas por un hecho que en sí mismo podría ser más revolucionario."



Ferrater Mora, el día en que fue galardonado

nador. ¿Tres años? Sí... pero también es un poco tarde dado que el niño empieza a estar formado y... El anuncio termina en la sala de recién nacidos de un hospital. Junto a las cunas, el hombre de la televisión que aconseja sobre ordenadores personales dice: "Este es el momento..."

—Originalidad no se le puede negar al anuncio...

—No. Como esos ordenadores que propugna para los recién nacidos, muchos de los ordenadores personales vendidos no se utilizarán para nada y terminarán durmiendo en un armario.

La estructura de la vida

—¿No los ve usted tan influyentes en el inmediato futuro?

—No. No creo que vayan a ser tan importantes ni tan influyentes en las vidas de los seres humanos como lo puedan ser unas calculadoras de bolsillo. Habrá, efectivamente, más cantidad de gente que los utiliza, de la misma forma que hay más gente que utiliza automóviles para ciertos trabajos. No cabe duda que trabajar con una terminal de activación y recepción podrá ser útil para transmitir información. Pero, ¿cambiará eso la estructura de la vida humana? Me parece una exageración dar una respuesta afirmativa. La radio y la

televisión creo que han producido cambios más fundamentales que los que serán producidos por los ordenadores personales.

—A usted, ¿por qué le interesan?

—Como cosa práctica los uso para escribir en pantalla. Me parece más cómodo y más descansado. Desde un punto de vista de investigación, me interesa tener un conocimiento de su lógica, de cómo es posible hacer con un ordenador personal un programa de inteligencia artificial.

—Usted empezó estudiando el existencialismo y ahora hablamos de ordenadores personales. ¿Cómo queda el ser humano al término de esa larga travesía que arranca en la posguerra y lleva a la sociedad supertecnificada de hoy?

—La base biológica del ser humano no ha cambiado tanto y yo creo que esa base biológica que se remonta a los últimos cincuenta millones de años es fundamental porque estructura muchos de nuestros instintos, de nuestras reacciones. Me parece que los pensadores, los novelistas, se apoyan demasiadas veces en unos cambios que no son sino superficiales y no afectan a la estructura neurofisiológica, que es la que determina las reacciones y actitudes del ser humano.

—Ese aspecto científico es palpable en la evolución de su obra...

—Sí. En "De la materia a la razón" el índice de nombres corresponde a científicos en más de un cincuenta por ciento, lo que no quiero decir que los escritores no me sigan pareciendo muy interesantes.

El sentido del hombre

—Cuando usted habla de "el sentido", ¿qué expresa?

—El término sentido ni es poético ni patético. Es técnico. Considero que toda realidad es continua, que entre la realidad inanimada y la realidad biológica hay una cierta continuidad, lo que quiere decir que los seres biológicos no se comporten de forma diferente a los seres inanimados. En el examen de toda realidad, especie o grupos de realidades, hay diversos conceptos que a primera vista son contrapuestos. Por ejemplo, el concepto de ser, que para mí quiere decir simplemente "una cosa es tal o cual". Junto al ser "tal o cual cosa" o tener "tal o cual cualidad" existe también la posibilidad de poder ser conocida o no conocida y eso no corresponde a la naturaleza de la misma cosa: eso pertenece a lo que llamo el sentido y no está en la propia cosa sino en

el juicio que se hace sobre la cosa, en el análisis que se practica sobre la cosa... Ese es el sentido de sentir. Un sentido más bien específico, técnico, general. Por eso no me gusta utilizar expresiones como "el sentido de la vida". El sentido lo da el contexto.

La ironía

—Usted ha escrito también narrativa. ¿Le son útiles sus conocimientos filosóficos para armar un personaje?

—Hago una clara distinción entre una cosa y otra, entre filosofía y narrativa. Es como si después de nadar monto en bicicleta y me preguntan si mis conocimientos como nadador me son útiles para pedalear. No.

—Da usted la sensación de ser un hombre curioso, capaz de interesarse por todo...

—Diría que por todo no, pero sí por bastantes cosas aunque a veces paseo por la calle y no me entero de nada. Curiosidad por las cosas y despiste callejero pienso, sin embargo, que son compatibles. Pienso también que no hay que tomarse demasiado seriamente las cosas. Puede tener consecuencias desagradables, incluso. En este sentido soy de los convencidos de que la ironía es una forma de limar las

aristas de las cosas y que saber ver los aspectos caricaturescos de las situaciones y de uno mismo es positivo.

—La ironía, ¿es como una auto-defensa ante un medio hostil?

—No lo sé. Eso me lo tendrían que decir los psicólogos y no demostrármelo utilizando sólo su jerga psicológica sino también con datos neurofisiológicos de mi personalidad. Sólo entonces lo creeré.

El futuro

—Y en la prospectiva, ¿cree?

—Es una forma de hablar de algo sin saber mucho de lo que se habla. La futurología es un conjunto de cosas muy diversas que realmente no sabemos muy bien en qué consisten. El futuro debería proyectarse a través de análisis económicos pero ocurre que los economistas se equivocaron casi siempre y lo peor es el caso: si se equivocasen siempre bastaría hacer lo contrario de lo que pronostican.

—¿Habrá un cambio profundo en la sociedad del año 2000?

—Creo que la mayor parte de las bases económicas, sociales, demográficas para el año 2000 ya están dadas. La gente habla mucho de inventos tecnológicos y es verdad, pero tampoco hay que exagerar: la gran mayoría de esos inventos son desarrollo de cosas ya conocidas desde hace veinte años. No hay nada absolutamente nuevo y pienso que el año 2000 se parecerá bastante al tiempo actual.

—Usted salió de Cataluña el año 1939, con el Ejército derrotado de la República. Esa derrota, ese exilio, ¿cambió fundamentalmente su vida?

—Hay dos tipos de gentes. En unos, la evolución resulta de una serie de decisiones inconscientes. En otros, las circunstancias influyen considerablemente. Creo pertenecer al primero de los casos y con ello no quiero negar que las circunstancias no me afecten. Si entre 1936 y 1939 no se hubiese producido aquella catástrofe creo que mi vida hubiese sido semejante. Los hechos traumáticos hacen que uno cambie mucho pero en otros sentidos, no en los profesionales.

—¿No cree en la influencia del azar?

—Es importante y fundamental, pero no determinante. Lo determinante en muchos casos es la forma como se reacciona ante el azar. El azar no es sino una circunstancia, entre otras, para seguir una u otra vía.

—¿Volverá para quedarse?

—No creo. Cuando digo esto todos piensan que existen unas causas profundas, y el motivo es otro: mi esposa es bastante más joven que yo y ejerce la docencia. Pienso que no es decoroso que un hombre interrumpa la carrera profesional de una mujer. ■

JOSEP BIGORDA
JOSE MARTI GOMEZ